

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

SIN PAUSA Y SIN PRISA

NOTAS A LA ACTUALIDAD CULTURAL

Europa

ESTRENAMOS Europa? La inserción de Inglaterra en el Mercado Común se ha recibido, con justicia y verdad, bajo los estándares más júbilosos. He aquí —se nos dice— una historia nueva, apoyada en la realidad económica de la que se hace —¿quién podrá dudarlo?— el devenir de los pueblos.

Pero la historia se construye, precisamente, de pensamiento. No hay peripécia sin sueño anterior: sin proyecto de futuro. En cuanto se movilizan muchedumbres, hay que rastrear cuidadosamente el hilo del pensamiento, la mente mediatunda que los puso en marcha. Y así se advierte que, a partir de Roma, las mejores mentes europeas fueron nostálgicas de su unidad, desafiadas memorias de una historia que, en torno al «Mare Nostrum», había unificado el Continente.

Historia desordenada y, por tanto, patética. Un primer hilo conductor del sueño unitario fue Bizancio, continuador de Roma, mientras Roma quedaba triturada por las facciones góticas. La emocionante historia de Constantinopla, testigo de Cristo, custodia del Derecho y relicario del pensamiento antiguo, está mal expuesta en nuestros manuales escolares. Pues, ¿se nos explica bastante que el intento de Carlomagno, en su intención unificadora, era, al mismo tiempo, la erección de un centro «separatista» de la unidad y de la continuidad representada por Bizancio? ¿Se nos dice de modo suficiente lo que las cruzadas significaron de escándalo y de destrucción ante la cultura y la tradición de Constantinopla?

Por otro lado, el curvo alfilerie islámico cortaba toda la ribera sur del Mediterráneo y llenaba de alminares los campos de ruinas de los templos construidos por Roma. Quien ha visto las Tebaidas de Egipto; o las huellas de Volubilis, junto a Meknes, sabe de esa unidad soterrada, en la que todo el norte de África se expresaba en latín.

El tercer «rapto de Europa» hacia la ruptura lo patrocinó el pensamiento de Maquiavelo, con la substitución de la idea carolingia del «Imperio» —con espina dorsal en el Rin— por la idea de «Nación», dotada de una «razón de Estado» distinta de la ética que preside la conducta individual. Cinco siglos de la Historia de Europa se han desangrado por esta idea estúpida.

Quedan, sólo, los pensadores: Lulio, Leibniz, Kant, Roman Rolland; los soñadores de la «unidad moral» de nuestro continente; los nostálgicos de una herencia común necesaria.

Mucho me temo que los comentaristas políticos, soterrados en el pensamiento del materialismo histórico, aduzcan solamente las necesidades de tipo económico que han conducido a este nuevo natalicio de Europa, por la ampliación de los miembros integrados en el Mercado Común. Pero nuestro deber de vigías, desde nuestro ángulo de visión, nos obliga a recordar en esta hora el oficio del pensamiento y su misión de profecía como factor operante de la historia.

Tres textos sobre J. M. Subirachs

1. (1968) — Tengo sobre la mesa el catálogo de la obra escultórica de Josep Maria Subirachs durante el quinquenio 1963-68, que acaba de imprimir la Sala Gaspar. Subirachs es un nombre resonante, y no voy a describir sus hallazgos, desde el tratamiento mezclado de materias insólitas a la original noción de «magnitud» que se registra en muchas de sus obras. La que quería añadir, prosiguiendo el hilo de las ideas que he empezado a dudar, es que lo verdaderamente revolucionario en su obra es la inserción de la noción de movimiento en sus esculturas más representativas. Atención. No se trata de moldear un «momento» de una figura que se mueve. El arte barroco y, en algunos momentos, el romántico aportaron esta idea: un friso de ángeles del siglo XVII o una danzarina del XIX han sido mil veces «sorprendidos» en una «instantánea» que convierte en permanente una actitud etérea o volandera. Atención. Lo que Subirachs consigue es otra cosa.

Tomemos tres piezas suyas de 1967: la «Venus» de Peñíscola, en piedra; «La mirada» y «La creación de la mujer», en bronce. Se trata, en estos ejemplos, de convertir tres molduras geométricas de un friso arquitectónico horizontal en tres relieves humanos: dos torsos y un rostro. La impávida frialdad de la geometría del mármol se termina, en un extremo, con la caliente curvatura de un ser humano. El artista pasa, pues, de lo inerte a lo vivo, de lo estable a lo dinámico, de lo eterno a lo temporal.

Este modo de operar es tan interesante porque destruye, como dije al empezar, la noción previa que atribuye a la arquitectura la reposada impavidez de lo mineral.

Por el contrario, la escultura de Subirachs nos restituye la idea de creación, según la cual Dios mismo creó al primer hombre moldeando un poco de barro. De análoga manera, en su obra, la noción de existir en el tiempo —la noción de vida— va emergiendo del mundo mineral. Y lo que garantiza el sentido humano de una obra —literaria o artística— es la noción de lo temporal, la conciencia del devenir presionando nuestras almas. De ahí que el tema del tiempo, la idea de las formas sucesivas esté tan presente y tan originalmente conseguido en la obra escultórica de Subirachs.

Su secreto último está en la inmersión de líneas orgánicas en la materia inorgánica. Y bien, ¿no es este el secreto último de lo que tiene de vivo y de palpitante el arte de Gaudí? (26 de junio).

2. (1971) — La mirada alenta sobre la evolución de la plástica de J. M. Subirachs, nos enriquecen con nuevas constataciones. Si, por una parte, crece su ambición hacia la expresión de lo colectivo («España a México, 1968») pudiéramos decir que progresa, paralelamente, en profundidad, como en el caso

de «Figura metafísica» y «Homenaje a Leonardo». Se advierte como su frecuente inversión de la máscara, de convexa a cóncava, tiene una intención trascendente a la búsqueda de la entraña psicológica del hombre. Se descubre, paralelamente, un desesperado esfuerzo por hallar una fórmula de fusión entre el «ente» humano y la impávida realidad de lo mineral, que se produce a través del geometrismo que encuentra en la figura del hombre. El valor circular de la pupila —circunstancia inserta, a su vez, en el círculo oval del globo ocular— le lleva al valor matemático de lo esférico, y a su trascendente proyección cósmica. Subirachs se inserta, pues, en la tradición humanística del hombre como microcosmos. El hombre como pupila vigilante sobre el Universo, cuya realidad le llega a través de la línea y del número, del símbolo circular que centra y fija la fuga del devenir temporal.

3. (1972) — La plenitud de esta simbología, neoplatónica y pitagórica, la hallamos en los grandes plafones diseñados y realizados para «General Optica», en sus instalaciones de Madrid y Barcelona. Sobre juegos plásticos de piedra (tatuada por una corrosión de siglos) y de bronce (brillante en su categórica presencia recién nacida) el escultor juega el contraste actualidad-perennidad, creando una cosmología simbólica en la que números y cuadrantes realizan una espléndida figuración.

Algunas veces, J. M. Subirachs parece hallarse inserto en las calesas geométricas de Raimundo Lulio, por su capacidad de convertir en imágenes intelectuales las más amplias cosmogonías; por su afán de dar forma tangible y matemática a la irrealidad del ensueño. De ahí que haya conseguido, al servicio de una entidad industrial, crear los diseños que dignifican una inteligente concepción de la propaganda mercantil, fundiendo en un solo ejemplo las posibilidades actuales del arte y de la realidad.

Josep Maria Capdevila

No encuentro, en nuestra prensa diaria, la palabra de recuerdo «post mortem» que merecía Josep Maria Capdevila, regresado a la raíz de su tierra, en Bañolas, tras muchos años de exilio. Pienso que su figura puede presentarse como un símbolo de madurez y de equilibrio, como el que alentaba el sentido cristiano de su liberalismo; como el que trasladaba sus «Estudios I lecturás» y su excelente biografía «Eugeni d'Ors. Ictepa barcelonina»; como el que subyacía en el elegante alejamiento final de su existencia. Yo diría que, con su muerte, la cultura catalana se siente manca y amputada. Por el lado de Europa.

Guillermo DIAZ-PLAJA

de la Real Academia Española